

Victoria Bermejo

FAN, LA NIÑA INVISIBLE
NUEVAS REGLAS



alfaqueque
ediciones

Colección ACEBUCHE
2019

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra

Director colección: Fernando Fernández Villa

“Fan, la niña invisible. Nuevas reglas”

© Victoria Bermejo, 2019

© Alfaqueque Ediciones, 2019

Apartado de correos, 68

30530 Cieza, Murcia, España.

<http://www.alfaqueque.es>

Ilustración de portada: Claudia Tremblay

Primera edición: octubre de 2019

IBIC: YFB

ISBN: 978 84 949252 3 8

Depósito legal: MU 1105-2019

Printed in Spain - Impreso en España

La editorial es consciente de la necesidad de los recursos naturales para consumir cultura y de la colaboración en la conservación del medio ambiente. Así pues, por la impresión de este libro, ha plantado un acebuche (*Olea europaea sylvestris*) en el paraje de El Horno de Cieza (Murcia)



Índice

1. Novedades	7
2. Vaya familia	17
3. Un poquito de Vivo, por favor	25
4. Berlín	35
5. ¿¿¿Por qué se vende el arte???	55
6. Una visita a Van Der Bilt	65
7. Cómo y dónde dejar el cuadro	75
8. Alarma en el colegio	85
9. La excursión	103
10. La inauguración del nuevo taller	113
11. Un viaje definitivo	121

A todos mis amigos

1
Novedades

Fan lloraba y lloraba. Despedía a Vivo en la estación y no podía parar de llorar. No entendía por qué se tenía que ir.

La había avisado de repente, esa misma mañana.

—Fan, me voy esta tarde: nos trasladamos a Almería, aquí con la crisis no vendemos ni un colín y mi padre quiere probar suerte en otro sitio...

Menudo palo. No podía aceptarlo. No quería quedarse sin él, era lo peor que le podía pasar en la vida. ¿Con quién compartiría las risas, los paseos, las aventuras? ¿Con quién jugaría a pensar? Era la peor separación del mundo, era como la muerte...

—¿Por qué te vas? —le preguntaba sollozando— Yo no quiero que te vayas... no te vayas, por favor... no, no te vayas...

Su madre entró en la habitación asustada. Nunca la había oído llorar de esa ma-

nera, con esos gemidos tan profundos.

—Fan, ¿qué te pasa? ¿Por qué lloras así?

Fan se incorporó en la cama, secándose la cara con el camisón, sintiéndose a la vez aliviada y sorprendida.

—No, nada, mamá... es que estaba dormida. He tenido un sueño horrible, Vivo se iba para siempre y... —tocó las sábanas y notó que estaban húmedas— uf tengo toda la cama mojada de llorar...

Levantó el edredón y en efecto la cama estaba mojada, pero no era de llorar, era un líquido oscuro y viscoso.

—¡Sangre! —gritó.

Su madre, al verlo, se acercó a ella, le dio un beso y la tranquilizó:

—De sangre nada, querida Fan, lo que te pasa es que te ha venido la regla...

—¡¡¡¡La regla!!!! —gritó Fan— ¿Eso quiere decir que soy mucho más mayor? ¿No es demasiado pronto?

—No. A los trece años, la misma edad a la que la tuve yo...

Era muy raro sangrar sin haberse caído, sin haberse dado un golpe. Era más raro todavía sangrar por el mismo sitio por donde uno hace pis y no poder retenerlo. Y que oliese diferente a la sangre de un rasguño. Era extrañísimo que el cuerpo decidiese

emitir sangre una vez al mes y que solo le pasase a las mujeres. Su madre ya la había avisado, una tarde le había dicho:

—Fan, no te asustes, de repente te encontrarás un día con las bragas manchadas de sangre, no pasa nada, es algo que les sucede a todas las mujeres a una edad... solo significa que empiezas a ovular y el óvulo cuando se desprende, cuando no es fecundado, sale así... les pasa a todos los mamíferos, es algo natural... y si es fecundado pues no viene la regla, viene por ejemplo una niña tan guapa como tú...

Fan se levantó de la cama estrechando las piernas, como si llevara un objeto entre ellas. Su madre se acercó a ella, le dio un abrazo y cogiéndola con cariño por los hombros la acompañó al baño. Le alargó una compresa y unas bragas limpias.

—Toma, dúchate y pónstela, un día de estos te enseñaré a ponerte un tampón... como es más difícil, mejor que por ahora no lo intentemos, pero no te preocupes. A todas las mujeres nos pasa lo mismo un día u otro. ¿Sabes qué significa esto? Que a partir de ahora ya puedes tener hijos...

Hijos y sangre unidos, qué horror pensó Fan. Y esa compresa incomodísima, era como si volviera a llevar pañales. Andu-

vo un rato por el pasillo arriba y abajo, le daba la sensación que andaba con las piernas más abiertas, como un vaquero. Notaba las ingles mojadas y le resultaba antinatural.

Su madre se levantó de su mesa de trabajo y le dijo:

—Fan, ¿sabes lo que tienes que hacer? Como es la primera vez que te pasa esto, piensa en todo lo que te ocurra, en todo lo que sientes y cómo lo sientes y escríbelo. Ya verás, el día de mañana te hará mucha gracia leerlo...

Lo que Fan pensó fue que tenía que contárselo a Vivo inmediatamente, lo de la sangre y lo del sueño. Así que le dijo a su madre que se iba a verlo y ella le recordó que ese día tenían que visitar a una parienta.

Media hora solo, le suplicó y su madre, que generalmente era muy comprensiva, le soltó un “bueeeno”.

Menos mal que era sábado y no tenía que ir al colegio.

Caminaba por la calle como si acabara de aprender a andar, los pantalones le quedaban mucho más estrechos por culpa de la compresa y se imaginaba que todo el mundo la miraba .

Llegó al taller donde vivía Vivo y, como siempre, la puerta estaba abierta y todo en silencio. Uno de sus gatos se acercó y le dio la patita como si fuera un perro. Vivo tenía una maña amaestrándolos increíble. Cuando los veía nunca sabía por dónde le iban a salir.

Al fondo del taller, estaba la cama de matrimonio donde dormía Vivo con su padre. Cuando la puerta estaba abierta significaba que su padre había ido al mercadillo y si Vivo no estaba a la vista significaba que estaba dormido. Era un dormilón.

Se acercó y en efecto dormía como una marmota, una mecha de pelo le tapaba un ojo, se lo quedó mirando un rato y pensó qué guapo es. Hasta ese día, siempre le había despertado levantando la sábana y haciéndole cosquillas en los pies, pero no sabía por qué esa mañana no podía hacerlo. Le daba una mezcla de vergüenza y miedo. Así que se acercó a su cara y le dijo:

—Vivo, Vivito, despierta que estoy aquí, Vivo, Vivo...

Él parecía que no la oía, estaba en el séptimo cielo profundamente metido en sus sueños.

Fan lo intentó de otra manera, se le ocurrió meterle el pelo por detrás de la oreja y

entonces Vivo despertó de golpe:

—Déjame Mistifú, eres un pesado...

Se pensaba que era su gato, pero al abrir los ojos y ver a Fan dijo:

—Hombre, eres tú la *gachí* más genial del mundo en general... y de este barrio en particular. ¿Por qué no me haces cosquillas en los pies como siempre...?

—Porque hoy es un día especial y porque cambiar es humano y...

—Ya pero a mí me gusta que me toques los pinreles...

—Y a mí, pero hoy es un día extraño...

Vivo le preguntó por qué y Fan le contó que le había venido la regla.

Y Vivo le dijo, medio en broma medio en serio, que qué bien que ya se podían casar, que los gitanos se casaban muy jóvenes.

Ese comentario la puso nerviosa y para disimularlo le explicó que, en cambio, los alemanes son los que menos se casan en toda Europa, se lo había dicho su padre. Pero el continuó con el tema, le contó que en Almería había ido a una boda gitana y que las mujeres se metían en un cuarto con la novia y sacaban un pañuelo manchado de sangre y que eso significaba que era virgen.

Fan le dijo que eso era muy antiguo que por qué no era el novio el que demostraba

que era virgen o ninguno de los dos, que parecía de la Edad Media y Vivo concluyó:

—Chica, si me lo hubiera inventado yo sería diferente. Qué *quinglé* más extraño...

—Qué palabra más rara, cómo cuesta pronunciarla. ¿Qué significa *quinglé*? ¿Asunto? ¿Cosa?

—*Quinglé* es abril, ja, ja, ja. Y este abril es extraño, porque me roban un gato y lo encuentro misteriosamente, porque me despiertas de otra forma y porque me ha salido un bigotillo de mistifú... mira mira □ le dijo atusándose cuatro pelillos que tenía sobre el labio— ...qué *quinglé*... es verdad que suena a ingle... y a ti te ha venido la regla, jua, jua, jua...

Vivo siempre con sus palabrejas. Le había explicado un día, que gracias a hablar caló podría viajar por todo el mundo entendiéndose con todos los gitanos que se pudiera encontrar. Había 12 millones en todo el planeta. También le contó que los gitanos provenían de la India, que habían tenido que fugarse cuando los mongoles la invadieron y llegaron a Europa después de pasar un tiempo en Persia. Que algunos vivían en carromatos, porque siempre tenían en mente la idea de volver y que por eso todo lo que tenían lo llevaban encima,

pulseras de oro, collares... y que les encantaban los coches para eso, para moverse.

Fan le contó que había tenido un despertar revuelto, que había soñado que él se iba para siempre y Vivo con cara de pillo le dijo:

—No te preocupes, corazón, que yo siempre voy a vivir donde estés tú. Y si me voy a Almería, como seremos mayores, te vienes conmigo...

Cuando decía cosas como esa, a Fan se le dibujaba una sonrisa enorme y extraña en la cara y le daban unas ganas tremendas de abrazarle, aunque algo le impedía hacerlo. Tenía muchas ganas de seguir allí, hablando con él, jugando, compartiendo ideas y risas, pero de repente se dio cuenta de que tenía que irse.

Su padre no había venido de Berlín, donde vivía y trabajaba, ese fin de semana, ya que el siguiente era ella la que iba a acudir a verle. Y su madre le había preparado un plan que no le hacía mucha gracia, visitar a una prima lejana. Ella prefería quedarse con Vivo en el taller jugando a pensar y escuchando conversaciones en la azotea, pero no podía. A veces era un rollo tener que hacer las cosas por obligación y no poder dejarse llevar por el placer. Tenía ga-

nas de hacerse mayor, para hacer siempre lo que le apetecía.

Se despidió deprisa:

—Solo he venido a contarte lo de la regla y lo del sueño. No me puedo quedar tengo que ir a una comida con mi madre. Te veo luego por la tarde. ¿De acuerdo?

—Bueno, pues luego te enseño una sorpresa que te tengo preparada, tiene que ver con... —se cortó y añadió—: ¿Te acuerdas de lo que paso en la playa?

¿Cómo se iba a olvidar? Vivo la había dado un beso. Pero al oír la pregunta se puso nerviosa, colorada, le daba vergüenza recordarlo.

—Sí, claro que me acuerdo, pero no me gusta hablar de eso, me voy corriendo...

Y salió del taller sin mirar atrás.

Vivo se quedó preguntándose por qué a veces las palabras en vez de acercar alejan.

